

Rocheftort

Los periodistas nos dicen que con Henri Rocheftort, ha muerto el último director del bulevar. Tal vez es sólo una galantería. Rocheftort ya no dirigía nada. Era una ruina blanca. Con su penacho cano, la romántica perilla en el rostro enjuto, parecía un hidalgo escapado como Derrouléde—otro español—de una novela de Pereda. Se le miraba como al sobreviviente airado y anticuado de una edad en que derrotaban a un ministerio con chanzas, sacrificaban la libertad por una idea y Catulle Mendés podía batirse sin ridículo con quien aseguró que Hamlet era gordo. Todo ¡ay! lejano como las Grazielas y las crinolinas.

Setentón, amarillento de años, nublados ya de sombra aquellos ojos chispeantes, seguía esgrimiendo su ironía que envejeciera como él. Sus garras estaban ya melladas. No ponía en jaque a un ministerio con un editorial. Nadie pensaba en desterrarlo. Y él repetía, con más nostalgia que vanidad, en sus artículos:

—Cuando derrocamos al Imperio.

Este plural era aparato de modestia, porque estaba seguro—y podemos estar de acuerdo con él—que su *Linterna* en miles de ejemplares llevó el incendio a toda Francia. En el fondo, imagino, no se consolaba de haber triunfado. Hay hombres nacidos para padecer persecuciones por la justicia. Dadles razón y quedarán desesperados. Este había derrocado el Imperio. ¿Contra quién luchar ahora? Su clima espiritual no era el reposo del triunfo sino el combate, como para esos *grogards* licenciados por Napoleón, que no podían resignarse a guiar en paz su arado. Entonces naturalmente, forzosamente, quemó lo que adoraba, casi adoró lo que había quemado y lo vimos, en sus últimos años, combatiendo a una república de la que había sido responsable. No se diga que los desaciertos republi-

canos justificaban su actitud. El hubiera atacado a la república de Platón, a la ciudad ideal de San Agustín o de Campanella, porque había nacido para oponerse, intransigente y sardónico, dispuesto como Voltaire a comprometerse por el éxito de una burla y a vivir contento en el destierro si todo París reía bien su último artículo. ¡Ay! París ya no le escuchaba ni los gobiernos le temían. Es una historia triste como la vejez de los gavilanes.

En la infantería de libelistas que va de Paul-Louis Courier a Leon Bloy, tuvo sólo misión de guerrillero. No atacaba en gran estilo, orquestando los períodos con sonoridades de Bossuet como el primero; ni poseía la "elocuencia fecal" como el segundo denomina a su propia exorbitancia cuando abre en avalancha los diques del diccionario. Su ironía fue ligera, su estilo rápido. Nadie puede considerarle gran escritor—y ya Laurent Tailhade ha juzgado que sólo su nombre quedará—sino como el más infatigable de los periodistas, el periodista-modelo, el que es capaz de escribir, sin auxilio de enciclopedias, de pie, en veinte minutos, con rechinante pluma, sobre cualquier tema humano, una crónica amable.

Fué sólo un periodista. ¿No pudo o no quiso ser más? Difícilmente lo imaginamos torturándose por buscar el adjetivo preciso que propone La Rocheioucauld al literato verdadero; conduciendo a la gloria con la cartaginesa lentitud de Flaubert, la frase de lápida y de bronce que es una estrofa sin rima. Duraba también lo que las rosas del poeta—el espacio de una mañana o de una tarde—esta prosa concebida sin dolor. Escribió todos los días de Dios, se desayunaba con diez cuartillas. Si hubiera sido yanqui, ya estarían calculando en la prensa el número de millas que medirían sus páginas